

Ulotina, que llenaban las tribunas, intentan escapar, y á unas se las insulta, á otras se las pega hasta la crueldad, y por dichas se tienen las que logran volver á ganar el salón. Los jacobinos llevan á cabo varias salidas; las calles se convierten en un campo de Agramante; algunos jóvenes son hechos prisioneros. La ira y la venganza en una y otra parte iban creciendo por instantes. Horas se pasaron en tanto que se avisó á los comités de gobierno, que éstos se reunieron, y que acordaron enviar patrullas mandadas por un individuo de cada comité, las cuales, sin hacer fuego, como querían los jacobinos, disolvieron poco á poco á la juventud, hicieron evacuar el salón y mandaron á todo el mundo á su casa. Al día siguiente, los jacobinos representantes del pueblo lanzaron en la Convención violentas recriminaciones contra los comités, que, al decir de ellos, dejaban «asesinar á los patriotas», añadiendo el iracundo Duhem, que el golpe había sido asestado por los aristócratas que «comen en casa de la Cabarrús y que van á cazar á Raincy». Pero la mayoría acogió muy mal estas violentas reclamaciones, y Rewbell les contestó, en nombre de los comités, con una ruda acometida, echándole en cara su conducta insolente y procaz, causa del público malestar, y proponiendo, en conclusión, que se suspendiesen provisionalmente sus sesiones: proposición que fué tomada en consideración y pasó á los comités. Por la tarde, reaparecieron los grupos. Los jacobinos leyeron solemnemente en su club la *Declaración de los derechos del hombre* tal como se hallaba consignada en la Constitución del noventa y tres, y enviaron á pedir auxilio á las secciones del centro de París y á los arrabales. ¡Qué desencanto! Ni la población obrera del centro ni la de los arrabales dieron señales de vida. Los jacobinos viéronse abandonados, como lo había sido Robespierre. Era natural. La hostilidad que habían manifestado contra Babeu y el club del obispado; su oposición á que se celebrasen elecciones municipales, y sobre todo, el apoyo que estaban prestando á Carrier, les habían enajenado las simpatías de todo el mundo. Las tropas les protegieron, á ellos y á sus mujeres, al salir del club, impidiendo que se renovasen las violencias de la víspera; pero, durante la noche, los comités mandaron cerrar el salón, sellar las puertas y depositar las llaves en la secretaría. Al día siguiente, Laignelot participó á la Convención la resolución de los comités con estas palabras: «No ha sido nuestra intención atacar á las sociedades populares; pero tenemos el derecho de cerrar las puertas allí donde se levantan facciones y donde se predica la guerra civil». La Asamblea sancionó casi por unanimidad la medida ejecutada á los gritos de ¡Viva la República! ¡Viva la Convención!

Así acabó aquella sociedad cuyo nombre ha quedado para siempre tan célebre y tan odioso juntamente, y que adoleció del mismo defecto que todas las asambleas, que todos los patriotas que aparecieron sucesivamente en escena: el defecto del subjetivismo idealista, de empeñarse en reorganizar de repente una sociedad secular conforme á los moldes sugeridos por una filosofía abstracta. Puesta debajo de la Convención y abierta á todo el

mundo, era el palenque á donde los jóvenes que no habían figurado aún y que deseaban llevar á la vida en un cerrar de ojos los nuevos ideales políticos y sociales, iban á probar sus fuerzas y empujar la marcha, de ordinario más lenta, de los revolucionarios sentados ya en el poder. Centro de las energías más fogosas, mientras hubo necesidad de nuevos talentos, de nuevas vidas prontas á sacrificarse, la sociedad de los jacobinos no puede negarse que fué útil, proveyendo á la Revolución de grandes caracteres que la sostuvieran en aquella lucha sangrienta y terrible. Mas cuando la Revolución comenzó á retroceder, vencida por la realidad social, en ella fueron arrinconándose los espíritus ardientes educados en su seno, ineptos por esto mismo para desempeñar ninguna función en el nuevo movimiento regresivo del Estado. Firmes en su puesto los jacobinos y retrocediendo sin cesar la sociedad, cada día se distanciaban más de ella, y no tardaron en llegar á ser molestos por sus exigencias, peligrosos por sus terrores. Entonces, no pudieron menos de sacrificarlos los que trabajaban por retrotraer la Revolución, de aquel gran extravío por el que iba derecha á una próxima y total ruina, á su propio cauce, á un justo medio de justicia y de libertad, en el que fuesen respetadas todas las creencias y satisfechos todos los deseos. Claro es que no iban á ser más afortunados en la consecución de su objeto los thermidorianos que lo habían sido los terroristas; el retroceso había de ir más allá de lo que se proponían; mas no por culpa de ellos, sino porque la previsión humana, ó conciencia social, era todavía muy débil para abarcar el conjunto de los factores sociales y, en vista de ellos, imprimir al Estado una dirección basada en la realidad é inspirada en el ideal y, por tanto, razonablemente progresiva.

La víspera de cerrarse el club de los jacobinos, veintiuno de Brumario, once de Noviembre, la comisión de los veintiuno presentó á la Convención el informe proponiendo el procesamiento de Carrier, el cual disfrutó del derecho que se había rehusado á los girondinos y á los dantonistas, el derecho de defenderse ante la Asamblea. No sin razón echó la culpa de todo á las rigurosas instrucciones del Comité de Salvación pública, y estuvo en su punto al recordar las atrocidades cometidas por los vendeanos, las matanzas, las mutilaciones de patriotas, á los hombres y las mujeres enterrados vivos, quemados vivos ó clavados en las puertas. Ciertamente que los crímenes ajenos no excusan los propios, pero los explican y atenúan, y mucho más en estado de guerra civil. «Si las pruebas vocales, concluyó diciendo, se admiten contra un diputado, se perdería á la Convención entera; porque todo es culpable aquí, hasta la campanilla del presidente.» Como se hablase de pruebas materiales, Legendre se lanza á la tribuna y exclama: «Pues bien, si las queréis, haced refluir el Loira á París, hacer venir los barcos con válvulas, haced traer los cadáveres de las desgraciadas víctimas sacrificadas. Tan grande es su número, que cubrirían á los vivos... Echad una mirada sobre el calendario; contad el número de días que Carrier residió en Nantes, y habréis contado el número de sus crímenes». La misma exageración de estas

frases pone de relieve el grado de sobreexcitación del sentimiento público, que prestaba alas á la fantasía para exagerar la realidad, con ser de suyo tan espantosa, hasta los términos de lo imposible. En votación nominal y casi por unanimidad se acordó el procesamiento de Carrier, que fué á juntarse con sus cómplices del comité de Nantes ante el Tribunal revolucionario. Todo París siguió con apasionamiento el curso de este proceso, que tuvo el privilegio de causar una emoción tan general é intensa como no se había visto nunca, como si en otro tiempo se hubiese puesto en juicio á los autores de la *Saint-Barthélemy*. Ni una sola voz se levantó á favor de Carrier, objeto de general horror al extremo de no hallar el Presidente, por más esfuerzos que hizo, quien quisiese aceptar la penosa tarea de defenderle. A todos los cargos que se le dirigían contestaba con una negativa rotunda. «No sé nada». «No he dado órdenes», eran las respuestas en que se encerraba. Goullin, el más enérgico de los individuos del comité, que fué un monstruo y pudo haber sido un héroe, le reconvino con indignación. «Carrier, tú me instas á declarar la verdad, y más que tú, tengo yo el derecho de dirigirte la misma instancia. Hasta el presente, tú has mentido sin cesar á tu propia conciencia; te obstinas en negar los hechos más auténticos. Yo te ofrezco un buen ejemplo, imítame, confiesa todos tus delitos; si no, te envileces á los ojos del pueblo, te declaras indigno de haberle representado. Créeme, aún es tiempo, sé grande y verdadero, grande como debe serlo un mandatario del pueblo; reconoce tu obra, confiesa tus errores, y si te toca sufrir la suerte fatal, á lo menos llevarás en la tumba algunos lamentos de tus conciudadanos». Carrier, después de haber renegado de toda su vida, siguió tardíamente el ejemplo de Goullin; confesó cuando no pudo negar, achacándolo todo á las necesidades del tiempo y á las severas instrucciones del Poder central. Y en el fondo no le faltaba razón. El siguiente alegato es incontestable: «¿Qué hacían entonces los diputados que ahora se encarnizan contra mí? Me aplaudían. ¿Por qué me mantuvieron en la comisión? ¡Ah! entonces era yo el salvador de la patria, y ahora soy un hombre sanguinario». Sí, los crímenes de Carrier eran más colectivos que individuales. La parte que en ellos le correspondía era insignificante. El Gobierno central, el medio social, he aquí los grandes criminales. Por su constitución, por su temperamento, por su fanatismo, ¿fué algo más allá de lo que estas influencias le imponían? He aquí donde ha de buscarse su mayor ó menor participación en los crímenes. Pero no estaba entonces la conciencia del público ni la de los jurados para este género de distinciones, y Carrier pagó por todos. Fué condenado á muerte con dos individuos del comité, sujetos infames y atroces. Goullin y los otros treinta fueron absueltos como criminales políticos, sin perjuicio de la responsabilidad que les cupiera como criminales ordinarios. La Convención los hizo encarcelar de nuevo y los envió, como delinquentes de derecho común, al Tribunal criminal de Angers, que tampoco los condenó á muerte. Después de este proceso, el veintiocho de Diciembre, la Convención modificó la organización del Tribunal revo-

lucionario, conforme al proyecto redactado por el sabio jurisconsulto Merlin de Douay, devolviendo á los acusados todas las garantías que demandan la justicia y la humanidad.

El castigo de Carrier dejó satisfecha la conciencia pública; el cierre de la sociedad jacobina tranquilizó la imaginación popular. Cuando ya no se oyó á los terroristas gritar: ¡A la guillotina!, se dejó de temer la vuelta del Terror. El comercio, la circulación, la vida, comenzaron á renacer. No temiendo ya ser arrestados por sospechosos con cualquier pretexto, los ciudadanos se dedicaron á visitarse, á viajar, á formar proyectos y empresas. La naturaleza francesa, tan sociable, tan activa, tan movable, comprimida por un régimen de hierro, recobró de repente todos sus hábitos, á modo de un resorte que se suelta bruscamente. Todas aquellas gentes que habían estado encerradas en sus casas ó que acababan de salir de las cárceles, los mismos que habían visto perecer á sus parientes y amigos, sentían tal necesidad de relaciones, de distracciones, de movimiento, que se abrieron en París aquel invierno hasta mil ochocientos bailes, en donde se reunían y se trataban amigablemente personas que no se conocían. Baile hubo al que no concurría nadie que no hubiese perdido algún pariente en la revolución, y al que se llamó por esto el baile de las víctimas. Todos los teatros volvieron á abrirse, reapareciendo en la escena los actores salidos de la cárcel: Larive, Saint-Prix, Molé, Dazincourt, Saint-Phal y las señoritas Coutat y Devienne. Había verdadero furor por ir al teatro, en el que se aplaudían todos los pasajes alusivos al Terror y se cantaba el *Despertar del pueblo*. En los palcos resplandecían las hermosuras del tiempo, mujeres ó amigas de los thermidorianos; en el patio, la juventud dorada parecía mofarse por su lujo y sus placeres de aquellos terroristas sanguinarios que habrían querido acabar con la civilización. En el fondo de este torbellino había, más que una necesidad de placeres, una necesidad de afecciones; con suma facilidad se contraían vínculos formales, y nunca hubo en menos tiempo mayor número de matrimonios. Parecía aquello un mundo que se formaba de nuevo. También la Convención participó de esta especie de renacimiento, apartando por un momento la vista de la lucha política y consagrándose á crear un vasto conjunto de instituciones de enseñanza, que preparasen el porvenir de la nueva sociedad salida del siglo décimooctavo y de la Revolución. Más adelante nos ocuparemos en estas fundaciones; no interrumpamos ahora el curso de la reacción thermidoriana.

Mientras las altas clases se entregaban de esta suerte á los placeres, las inferiores gemían de frío y de hambre. El invierno del noventa y cuatro al noventa cinco fué sin disputa, el más crudo del siglo diez y ocho. El Sena quedó helado desde el treinta y uno de Diciembre, y la temperatura que en París no suele descender de siete grados bajo cero, llegó este año, el tres de Enero, á once; el veintiuno, á once y medio; el veintitrés, á diez y seis. El frío sintióse tanto más cuanto que escasearon todos los medios de combatirlo: el carbón y la leña, para la calefacción; el pan y la carne, para el alimento. El vein-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

ticuatro de Enero, la cuerda (cuatro pies de alto por ocho de ancho) de leña se vendió á cuatrocientas y quinientas libras. Se distribuyó al pueblo leña y carbón, como se le distribuía carne y pan, á precios de tarifa; pero en cantidades deficientes, y con peligro de que menguasen aún más, hasta de que faltasen por completo. El malestar económico, derivado de múltiples causas, se agravó ahora con la revocación de la ley del *máximum*. Sabido es que el gobierno revolucionario, desde la primavera del noventa y tres proveyó á sus necesidades con el *máximum*, esto es, con la tasación de los productos, combinada con las emisiones de asignados y con las requisiciones. Pero ocurrió que el *máximum* no se aplicó nunca, ni en lo más fuerte del Terror, como tampoco las requisiciones, con rigor y en todas partes. Los campesinos y los comerciantes lo eludieron, hasta con peligro de sus cabezas. En cuanto á los asignados, habían tenido una gran depreciación, aún antes de lanzarse los falsos en grandes cantidades, ya por los manejos del extranjero y de los contra-revolucionarios, ya por la tenacidad de los comerciantes y labradores, de estos últimos especialmente en preferir á ellos el numerario, sin embargo de hallarse sólidamente garantidos, estando aún por vender gran parte de los bienes nacionales. Ahora bien, si el mismo Terror no había logrado hacer cumplir por completo la ley del *máximum*, ¿era posible que ésta se mantuviese en medio del general relajamiento que después del nueve de Thermidor alojó todos los resortes del poder? La supresión del *máximum* era precisamente uno de los puntos en que se mostraba más unánime y exigente la opinión pública. Lindet y Cambón sabedores de que el *máximum* y el asignado se sostenían mutuamente de la manera imperfecta que podían sostenerse, trataron de impedir que la abolición se llevase á cabo de repente, sino por una serie de medidas sucesivas y graduadas, y á este efecto, Lindet propuso que dejase de imponerse uniformemente á toda Francia, estableciéndose diferencias entre El Norte y el Sur. La proposición no satisfizo; la corriente de ideas contra el *máximum* era incontrastable, y la supresión se votó casi por asalto el tres de Nivoso, veintitres de Diciembre. Una de las consecuencias inmediatas de esta reforma fué el brusco descenso de los asignados, pudiendo cada cual pedir por su mercancía el precio que le pluguiese, cuando veía que se le iba á pagar en papel-moneda. De veinticinco por ciento, á que estaban en Noviembre, bajaron á veintidos en Diciembre, á diez y nueve en Enero. Contribuyeron á esta depreciación los mismos triunfos militares, en cuantor establecieron el comercio entre Francia y parte de Europa, por negarse el extranjero á recibir asignados en pago de las mercancías importadas. La baja se precipitó hasta los linderos de la ruina, cuando á estas causas se juntó la fabricación de falsos asignados, y aceleró esta ruina el mismo gobierno, obligado á fabricar sumas mayores de asignados á medida que éstos valían menos. Desde el mes de Enero se emitió mensualmente, primero medio millón; luego, un millón; después, millón y medio; en fin, dos millones y más aún; de donde resultó que, de seis mil cuatrocientos millones de asignados que había en circulación en

Noviembre del noventa y cuatro, sobre una garantía en tierras que, estimadas al cuarenta de su valor, importaban quince mil millones, se llegó, en Julio del noventa y cinco, á doce mil millones de papel moneda en circulación. Por si todo esto no fuera bastante, vino á empeorar la situación el agio sin freno á que daba ocasión el mantenimiento del curso forzoso por su valor nominal, de donde se derivaban grandes quebrantos, tanto para el Estado como para particulares: para éstos, porque los deudores de mala fe pagaban en asignados depreciados; para el Estado, porque estaba obligado á recibirlos por su valor nominal en pago de impuestos y de bienes nacionales, y porque, suprimidas las requisiciones, tenía que darlos en pago de los artículos que compraba para París y para los ejércitos, con una depreciación enorme, la que querían fijarle los abastecedores.

A medida que el valor de los asignados bajaba, subía naturalmente el precio de los artículos. La libra de manteca, que á mediados de Diciembre, antes de la abolición del *máximum*, costaba de tres á tres libras y media, se pagó á principios de Abril, á ocho libras, y á doce, el veinte del propio mes. Veinticinco huevos valían, en Diciembre, cinco libras y media; en los primeros días de Abril; siete libras. La carne se vendía en Enero á treinta y cinco ó cuarenta sueldos libra; en Febrero, á tres libras. Y en esta misma proporción subieron los precios de los demás productos.

La crisis económica que de todo esto resultaba, enriquecía á los especuladores y productores, pero aumentaba cruelmente el malestar general. El especulador y el labrador ganaban; el obrero y el artesano se hundían. En París, la miseria fué creciendo con rapidez espantosa desde la supresión del *máximum*, el cual sólo había aprovechado á esta ciudad y á los ejércitos. Los renteros no enviaban ya sus granos á la capital, parte con la mira de venderlos más caros, parte por temor de que se los saqueasen ó les forzasen á malvenderlos bajo la presión de la amenaza popular. Boissy d'Anglas confesó á la Convención que las remesas eran detenidas á viva fuerza y saqueadas, ya en el camino, por los habitantes de los departamentos que carecían de todo; ya casi á la llegada, por los habitantes hambrientos del término de París. El pueblo parisién culpaba de todo esto á la Comisión encargada de las subsistencias, y especialmente á Boissy d'Anglas, el individuo más conocido é influyente de ella, al que se puso por apodo *Boissy-Hambre*. Injustamente, porque la culpa no era suya. Boissy y el nuevo Comité de Salvación pública hacían cuanto sabían y podían para combatir la pública indigencia, y adquirieron tanto grano como había comprado el anterior Comité en tiempo de Lindet; pero sus esfuerzos se estrellaban en las condiciones y leyes inasequibles á su acción, y que determinaban por modo necesario la carestía. ¡De qué causas tan remotas é insignificantes, al parecer, proviene á veces una profunda alteración en el curso de la vida social! Si hubiese devuelto á París su administración municipal, obligada ésta á proveer de subsistencias, al Ayuntamiento se habría hecho responsable del hambre. Mas ahora, encargada de aquella fun-

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL
DE BURGOS